El lugar de los escritores

Carlos Fortea

Escritor

Es frecuente oír lamentos entre los escritores respecto a la pérdida del viejo estatus de la Literatura: ya no se presta atención más que a aquellos a los que las ventas convierten en fenómeno económico, a despecho del viejo respeto que inspiraba el oficio. Ya no se escucha la voz del autor, acostumbrado a ser invitado a los periódicos para manifestarse respecto a los problemas de la actualidad. Por supuesto no hay sitio en los medios de comunicación de masas, más allá de zonas acotadas que recuerdan la idea de parques nacionales donde se preserva de la extinción a las especies en peligro.

Como siempre sucede, tales afirmaciones son solo parcialmente ciertas. Los medios de comunicación, sobre todo los más tradicionales, siguen adornándose con la opinión fija de los literatos, y nada tiene de especial que elijan entre ellos a los más conocidos, consolidados o exitosos. Otra cosa distinta es que el resto esté generando colaboraciones gratuitas, es decir, que en muchas ocasiones ya no sea el medio el que va en busca del escritor, sino el escritor el que va en busca del medio. Pero es indiscutible que ha habido una disminución notable de la presencia pública.

Ya hemos apuntado, páginas atrás, algunas de sus causas hipotéticas. Lo que nos toca ahora es preguntarnos si esto va a ser así de manera definitiva, si los pasos dados tienen en nuestro ámbito, como en otros, el carácter de cambio irreversible que se nos antoja. Si nos ha tocado, o no, vivir uno de esos momentos de inflexión en los que la historia cambia de rumbo.

Es, tiene que ser, si la contestamos con honestidad intelectual, una pregunta con muchas respuestas, empezando por afirmar o negar el carácter determinista que va implícito en ella. Aceptar que las cosas simplemente suceden cuando se concatenan unos cuantos factores, o asumir que tenemos la

capacidad de ser factor activo en la concatenación. Pensar que la vida es así, o adoptar la postura de que la vida somos nosotros.

Siguiendo por la nueva disyuntiva entre dar respuestas tajantes y absolutas o dar las respuestas matizadas que conviene dar, si de verdad afirmamos que nuestro oficio es la intelección de las cosas (que, sí, viene de la misma raíz que intelectualidad, pero significa otra cosa muy distinta). Una intelección necesariamente compleja, como las cosas mismas. Terminando por dar una respuesta tan variopinta, compleja y matizada como sea preciso, posible, realizable, pero dejando de eludir los problemas porque no se ajustan a nuestra idea de lo que sería lo deseable.

Quizá haya que empezar por redefinir. Tanto conceptos como papeles. En un artículo publicado en *El País* hace un par de años, el filósofo Manuel Cruz decía que tal vez la pátina de jerarquía era lo que había hecho indeseable al intelectual, y proponía una reducción a los términos básicos: «intelectual es el que tiene algo que decir»¹. Y añadía: «lo que caracterizaría a la mejor versión de esta figura no sería su superioridad, su excepcionalidad (...) sino (...) su completa, absoluta y perfecta normalidad».

La desaparición de la jerarquía daría a los intelectuales un papel de opinantes que les conviene mucho más que el de guías. Es más, devolvería a la opinión *fundada* gran parte del valor del que se le ha privado, insistimos, tanto por rechazo como por desistimiento propio. Porque volveríamos a fijarnos en la opinión y no en quien opina.

Pero eso exige una redefinición previa. Este libro decía en sus primeras páginas que quería preguntarse por el lugar de los *escritores* en el mundo. No hemos hablado de *intelectuales* hasta muchas páginas después, igual que en la Historia no se habló de intelectuales hasta muchos siglos después.

La asimilación de un concepto al otro no solamente ha sido un gran error, sino una aserción ilegítima. *Intelectualmente* ilegítima. El autor no nace caracterizado por la vocación de juzgar y analizar, sino por la de crear. Si se me permite la frase infantil, hay quien quiere ser escritor cuando sea mayor, pero nadie quiere ser intelectual cuando sea mayor.

Pero retroceder ya no es posible. La Historia no camina hacia atrás (cuando lo hace, es siempre por razones funestas), sino que avanza dando formas nuevas a conceptos que agotan su vigencia. Seguirá, por ejemplo, habiendo siempre autores que crean en el compromiso, y le den formas nuevas atendiendo a los nuevos desafíos, como está sucediendo ahora mismo con muchas autoras feministas. Y debe ser así.

1. «Sobre los intelectuales-cebollita», *El País*, 31 de enero de 2018.

De la misma manera, seguirá siendo cierto que la literatura explora el mundo, y que al explorarlo ofrece interpretaciones y da respuestas. Ya en 1950, un autor tan poco sospechoso de intelectual como Georges Simenon, el famoso creador del famoso comisario Maigret, uno de los autores más comerciales, de los menos comprometidos y de los más grandes, decía en una entrevista a Carvel Collins en *The Paris Review*:

Como la sociedad de hoy carece de una religión fuerte, de una firme jerarquía de clases sociales, y a muchos [eso] les da miedo (...), leer según qué novelas viene a ser para ellos como mirar por el ojo de la cerradura y descubrir qué está haciendo y pensando el vecino (...). Eso es lo que buscan en la obra de arte (...). Lo que quiere el lector actual son libros más complejos, que intenten alcanzar hasta el último recodo de la naturaleza humana.

Lo cito por venir de Simenon, por venir de alguien que nunca habría sido citado en el catálogo de los intelectuales, uno de los máximos exponentes de la cultura *del entretenimiento* (como Lope), y sin embargo tan consciente de cuál era, elegido o no, uno de los papeles de su obra en el mundo. Lo mismo dice, desde una posición mucho más política, Nadine Gordimer: «El compromiso no es meramente político, sino que forma parte de todo el problema ontológico de la vida, y eso tiene que ver con mi idea de que el escritor trata de entender la vida»².

De la misma manera que no podemos aspirar a portavocías, tampoco podemos renunciar al hecho de que los libros explican la vida. Escribir es hablar a los demás, y no podemos fingir que sea inocuo. No querer predicar no equivale a callar. No tenemos derecho a negar respuestas a quienes confían lo bastante en nosotros como para pedirlos.

Rechazar horrorizado el papel de guía equivale a negar que escribes. Tal vez hay una cosa en la que Sartre sigue teniendo razón: para los escritores, callar es una forma de hablar.

Paradójicamente, recuperar la confianza pública en los intelectuales exige renunciar a esa condición sublimada para volver a ser el que canta junto a la hoguera y, como sostiene Manuel Cruz en su artículo, simplemente decir lo que se piensa y mantenerlo. Lo decía José Hernández al principio de su *Martín Fierro*:

2. Entrevista con Jannika Hurwitt, *The Paris Review*, 1983. Las citas siguen la edición compilatoria publicada por Acantilado en 2020, en traducciones de M. Belmonte, J. Calvo, G. Fernández Gómez y F. López Martín.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas,
y que después de adquiridas
no las quieren sustentar.

«Sustento, en fin, lo que escribí», decía mucho antes Lope de Vega, sin duda tan consciente como nosotros de que no se escribe sin correr el riesgo de ser escuchado, sin correr el riesgo de ser atendido, sin correr el riesgo de ser seguido. Y malinterpretado.

Es un riesgo que hay que asumir. No asumirlo implica renunciar a la propia existencia, que para un escritor que lo sea no es otra cosa que la expresión de la libertad.

Es verdad que ahora hay nuevos riesgos. Nuevas amenazas. Los escritores han vivido a caballo de cada una de las revoluciones tecnológicas. Si la revolución que supuso la imprenta les dio audiencia en el mundo y los expuso a la intemperie de un poder vengativo, si la revolución industrial supuso su independización como miembros activos de una nueva industria y los enfrentó definitivamente al establishment, la actual revolución cibernética ha puesto en cuestión las bases económicas de su trabajo y los ha sometido a un peligro nuevo y todavía incógnito: la confrontación directa con un cierto número de usuarios de la Red que se arroga el derecho de autocalificarse como «opinión pública».

Es preciso admitir que los escritores no estaban acostumbrados a eso. El proceso habitual los dejaba en manos de unos críticos profesionales que ejercían como filtro entre autores y lectores, a los que raras veces se llegaba a ver salvo en acontecimientos como las ferias del libro, a las que acudían principalmente los lectores complacidos y no los disgustados con su obra. Enardecidos con los elogios de un sector que también tenía a su alcance los reducidos mecanismos de expresión pública, acorazados contra las críticas de otro sector hostil que lo era sobre todo contra sus ideas, y que ofrecía el calor fraterno de la división en bandos, los autores se sienten incómodos en una plaza pública en la que cualquiera puede lanzarles metafóricas flores o tomates sin intermediación alguna.

Sería fácil pensar que esto requerirá un tiempo y un esfuerzo de adaptación. Pero la idea misma de la *adaptación* es una idea que hay que cuestionar. No es lo mismo aprender a manejar una nueva máquina que *someterse* a unos códigos nuevos sin someterlos previamente a su vez a crítica. Con demasiada facilidad hemos aceptado esa especie de circo romano en el que se decide –y no es metáfora– con el pulgar en alto o bajando el pulgar si una opinión o un

juicio disgustan o gustan, sin pararnos a pensar, una vez más, en los mecanismos que guían esas corrientes. Los Estados Unidos de Trump han sido un terrible laboratorio de a lo que puede conducir la obediencia a una plaza pública que en realidad es inexistente; una plaza pública en la que muchas veces operan máquinas en vez de humanos; una plaza pública en la que, en no pocas ocasiones, se vierten juicios apresurados que no tienen en cuenta lo que juzgan, sino la adecuación general de lo que juzgan a unas supuestas corrientes sobre cuyo contenido tampoco se reflexiona. El poder, que nunca duerme, ha encontrado en el uso de la opinión pública como arma formas nuevas de acallar la discrepancia, y las emplea sin el menor escrúpulo.

Pero más importante aún que estas consideraciones sobre el medio es la reflexión acerca de la propia actitud. Lo que ha conducido al actual descrédito no han sido las propias opiniones, sino el miedo a emitirlas y someterse a un bombardeo ciego. Probablemente la decadencia de los intelectuales empezó el día en que empezó su auge, el día en que la nueva influencia alcanzada alimentó, primero, el deseo de influir y, acto seguido, el miedo a perder la influencia.

Los móviles de una actuación no son irrelevantes. Los primeros escritores que intervinieron en el debate público lo hacían por el imperativo moral de opinar, cuando hacerlo podía reportar más perjuicios que bienes. Eso les ganó el respeto de sus contemporáneos, y fue el trampolín desde el que luego retumbó y tuvo eco la opinión de los primeros así llamados «intelectuales». Nos olvidamos demasiado a menudo de que la intervención de Émile Zola en el caso Dreyfuss, que hoy vemos como el punto de arranque de su autoridad moral, se saldó con juicios y condenas y con casi un año de exilio. Hasta su muerte fue objeto de insultos y de calumnias. Difícilmente podría decirse que su actitud moral resultó premiada. Nunca esperó tal cosa. No contaba con ella.

«Lo que hay que hacer, hay que hacer», repetía a menudo un personaje de una serie de televisión de la primera década del siglo. Con certero instinto, la autora había escogido para pronunciarla a un personaje sin mucha formación, incapaz incluso de formular la frase de manera correcta, para que expresara un mandato moral sin levantar sospechas de jerarquías.

Nos ahoga el miedo a levantar sospechas. Pensamos que está justificada una posición común de los escritores frente a ciertos abusos del mercado, pero sin levantar sospechas de corporativismo. Que debemos defender la pervivencia de ciertos valores cuestionados, pero sin levantar sospechas de anquilosamiento. Que está justificado apoyar ciertas causas, pero sin levantar sospechas de sesgo ideológico (¿Por qué? Las causas tienen ideología. Las sospechas también).

No se puede escribir sin levantar sospechas. Ni siquiera se puede escribir pensando en cuál será la repercusión de lo que escribimos. Simplemente tenemos que escribir, antes incluso de preguntarnos: ¿tienen los escritores un papel en el mundo?

¿Lo tienen? La respuesta no puede ser otra más que: claro que sí. Tienen el mismo papel que siempre: cantar, contar, especular. Porque no podemos sobrevivir sin poemas y sin historias, y porque nuestra mente tiende a la especulación, distinta de la ciencia, pero probablemente primer paso hacia ella.

¿Cuál será ese papel? ¿Debe tender a un verbo conservador, *recuperar*, o ha de encontrar un verbo de progreso, uno que señale hacia el futuro? ¿Cuál es ese verbo?

Tal vez sea el verbo *escribir*. O quizá simplemente *ejercer*, si lo consideramos, si queremos considerarlo, una profesión. O acaso *ensayar*, tantear.

Busquemos una síntesis. Para empezar, busquemos la inspiración en el pasado (la mejor literatura es la que bebe de las fuentes de la tradición y la modifica, ¿cuántas veces hemos repetido eso? ¿Es que no lo creíamos?). Volvamos a ese tiempo en el que los escritores no querían nada más que escribir, y se encontraron con que lo que escribían tenía efectos, y tomemos ahí la primera bifurcación para empezar a apartarnos del camino ya recorrido y encontrar uno nuevo.

Volvamos a buscar la fuerza de la palabra. Pero no seamos ingenuos. Ya hemos dicho en varias ocasiones que el poder adopta formas cambiantes, y a la salida de una gran recesión y de otras nuevas está adoptando ciertas sublimaciones que ya están empezando a prender en parte de los creadores. La cultura al alcance de todos. La generosidad de la cultura como soporte en tiempos de pandemia. Por debajo de estos nobles conceptos reptan la intención de que los escritores a la par que retroceden en su influencia pública retrocedan también en su profesionalización. Si no se obtiene compensación alguna por publicar poemas en Internet, si se pretende volver a los tiempos en que la única recompensa del juglar era el aplauso, lo que espera al final del camino es la falta de libertad, o la inocuidad. Porque el aplauso solo se nos brindará mientras seamos cómodos.

Y no siempre vamos a ser cómodos. Aparte de cantar, contar, especular, no vamos a poder evitar que a esas funciones se les una la de interpretar. Interpretar el mundo. Y esa interpretación no siempre será complaciente.

¿No es esto volver a la *hibris* de la que hablábamos antes? No, porque la *hibris* es una cuestión de actitud. No se escribe para dar respuestas a los otros sino para dárselas a uno mismo. Cuando esas respuestas les sirven a otros, no

están haciendo más que confirmar que uno es parte de ellos. Un ciudadano más que, simplemente, ha elegido pensar en voz alta.

Al interpretar será inevitable inquietar. Puede que no resulte grato, en una sociedad que cada día busca más una paz de espíritu basada en fórmulas, pero es inevitable para quien, como dijimos páginas atrás, no se siente tranquilo, no se siente cómodo, no se siente integrado.

Es más, puede que sea preciso incordiar. Con mucho riesgo. No se puede incordiar si uno se mantiene dentro de la corrección política, y salirse de ella hoy en día puede ser castigado con la proscripción social, porque la corrección política ha perdido su función original –el establecimiento del respeto mutuo– para derivar en una nueva forma de censura que solo mantiene el nombre de lo que fue. Una vez más, y como siempre, los escritores tendrán que preguntarse si valoran más su libertad o el acomodo. Dice la Historia, y no se sabe nunca si hacerle caso, que si eligen el acomodo vivirán más tranquilos, pero lo sufrirán sus obras. La condición de escritor no es cómoda.

La conciencia de esto debió perseguir a José Hernández, porque igual que empezaba su *Martín Fierro* con aquellas palabras cuestionadoras, siete años después no dejaban de rondarle la cabeza, y empezaba *La vuelta de Martín Fierro* con estas otras, no menos luminosas:

Yo he conocido cantores,
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.